

Jóvenes y acción voluntaria: La edad como factor condicionante en la acción participativa

María Jesús Funes

UNED

Este artículo analiza el condicionamiento de la edad en la acción participativa. En él se estudian las prescripciones normativas propias del momento del ciclo vital que atraviesa el sujeto, y los condicionantes sociales que inciden en que la probabilidad de implicarse en proyectos de acción colectiva sea mayor en unos periodos de la vida que en otros. En él se analizan los incentivos que llevan a los jóvenes a participar en actividades cooperativas y el conjunto de elementos que convierten a la población juvenil en un sector potencialmente más movilizable que otros grupos de edad.

Palabras clave: Ciclo vital; Movilización; Incentivos movilizadores; Sociabilidad; Identidad Colectiva.

De la pertinencia sociológica de relacionar edad y participación

Estudiar la participación de los jóvenes en proyectos de acción colectiva tales como las asociaciones voluntarias, requiere una reflexión sobre el previsible condicionamiento de la edad en la acción participativa. El marco de condiciones que configura una mayor o menor probabilidad de implicarse en una organización voluntaria incluye variables de muy diversa índole pero, sin duda, el momento del ciclo vital que atraviesa el sujeto incide en la articulación de todas ellas afectando tanto a la predisposición a actuar como a la decisión de hacerlo. El que los individuos participen y el que lo hagan en mayor o menor medida viene condicionado por un conjunto de elementos tales como los factores estructurales, las prescripciones normativas, los condicionamientos ideológicos, las predisposiciones individuales, los efectos de experiencias de socialización previas, tanto como el conjunto de variables sistémicas o los aspectos coyunturales; todo ello de manera articulada orienta una determinada inclinación a asociarse. Sin embargo, a igualdad de condiciones, la misma

persona será más proclive a implicarse en una organización en unos momentos de su ciclo vital que en otros, incluso la selección de un tipo u otro de colectivo también puede verse condicionada por la edad del sujeto. Cabe afirmar que con la edad se transforma tanto la previsibilidad de la acción como el tipo de actividad elegida y ello no sólo por el inevitable paso del tiempo y como consecuencia de la acumulación de experiencias personales, sino porque los condicionamientos sociales que percibe el sujeto procedentes de su entorno social más próximo varían en los diversos momentos del ciclo vital. Las motivaciones varían y aquello que se percibe como incentivo selectivo también. Parece de interés, por tanto, comenzar con una breve reflexión teórica sobre el carácter prescriptivo de las conductas proveniente del estadio del ciclo vital, señalando específicamente lo relativo al estadio de los jóvenes, mostrando cómo la población juvenil resulta ser un segmento social potencialmente movilizable en mayor medida que el resto de grupos de edad. Pasaremos en un segundo momento a analizar cuáles son los incentivos movilizadores más habituales que condicionan su decisión de participar, y el papel que en la misma ocupan los componentes

racionales, los aspectos normativos y la dimensión emocional, señalando siempre esa cierta peculiaridad del sector juvenil dentro de la acción voluntaria.

Las reflexiones que aquí se recogen proceden de trabajo empírico realizado en los últimos años sobre la participación en colectivos de carácter solidario (1). Se ha analizado la participación en un tipo específico de movimientos sociales, particularmente en lo que en la actualidad se denominan Organizaciones No Gubernamentales. Cabe señalar que se detecta en la última década una preferencia en los jóvenes por estos colectivos frente a asociaciones como los partidos políticos o los sindicatos. La oferta temática de estos grupos parece resultar más sugestiva a la población juvenil que las que proponen otras organizaciones que consideran más clásicas o convencionales (Del Val, 1995; Funes 1997). Aún así, las características con las que aquí se define la participación juvenil parecen extrapolables a colectivos voluntarios de cualquier índole.

1. La configuración social del tiempo personal

La suma de condicionamientos estructurales, normativos y psicológicos configura una predisposición para la acción. Pero el intervalo existente entre la predisposición y la implicación viene mediatizado por la toma de decisión, que requiere una previa definición de la situación, tanto de uno mismo como de su circunstancia. Es esta atribución subjetiva de sentido lo que permite tomar la decisión que se estima más adecuada, en este caso la de participar en una asociación voluntaria o la de abstenerse. El momento del curso vital por el que atraviesa el sujeto condiciona un cálculo diferencial de costes y beneficios.

(1) El trabajo empírico de referencia procede de la investigación cualitativa realizada en la sección madrileña de Amnistía Internacional y en las organizaciones por la paz del País Vasco. Ambas dieron lugar a diversas publicaciones, algunas de ellas citadas en la bibliografía adjunta.

Para analizar el condicionamiento de la edad resultan especialmente útiles las reflexiones teóricas en torno al concepto de *curso vital*, desde el que se interpreta el tiempo personal como un proceso de maduración dividido en fases.

Encontramos, por tanto, una población segmentada en estratos de edad, donde cada etapa conlleva una significación socio-cultural precisa. Cada etapa incorpora un conjunto de condiciones, preferencias y decisiones que vienen determinadas tanto por las necesidades o apetencias individuales como por las expectativas que la sociedad desarrolla en torno a los sujetos en función del periodo en que se encuentren. La sociedad espera unas actitudes y unas decisiones concretas en cada etapa.

Cada estrato de edad conlleva una determinada asignación de roles cuya pertinencia es inculcada mediante el proceso de socialización y a la que, en mayor o menor medida y de manera más bien inconsciente, se adaptan los sujetos. Neurgaten y Data (1973) aluden a una *concepción normativa del curso vital* señalando que existe un tiempo social, sujeto a cambio histórico, que define cada momento del curso vital en base a significados muy precisos. Puede considerarse, por tanto, que existe un momento *apropiado*, conveniente o adecuado, para cada cosa, con lo que se marca un itinerario de acontecimientos que seguirán la mayor parte de los miembros de una sociedad. La transición adecuada por esta línea secuencial se legitima tanto a nivel institucional (escuela, matrimonio,...) como mediante los mecanismos de control informal en la vida cotidiana. Muestra de ello son las sanciones informales que aplica el medio social más próximo ante comportamientos que se consideran poco apropiados para la edad del sujeto y que pueden condicionar la actitud del mismo, generarle incomodidad, o, incluso, manifestarle rechazo.

Cada etapa supone tanto una definición de lo personal como de lo comunitario, de lo privado como de lo público. De tal modo que hay periodos en los que la implicación en lo público es fácil y previsible y otros en los que implica un alto coste, así como hay momentos en los que la

compatibilización del compromiso público y la atención a lo privado es sencilla, mientras que en otros lo personal requiere una atención mayor que dificulta las actividades de tipo comunitario.

Aplicándolo a lo que nos ocupa cabe decir que existen unas fases potencialmente más propicias que otras para la acción colectiva, resultando la juventud el periodo más favorable, tal como iremos viendo.

Podríamos estipular los siguientes estadios en el curso vital individual. En la infancia las características definitorias son la dependencia de los adultos y el no reconocimiento del sujeto como ser autónomo. Lo que se espera de él es la sumisión normativa y la aceptación de su postura dependiente. Con el paso a la adolescencia comienza un proceso de construcción personal en el que se espera que la persona comience a diseñar un currículum de decisiones propias, (amigos, actividades de ocio, entrada en la formación superior o aproximaciones al mercado laboral,...). En la tercera fase, que sería la denominada propiamente *juventud*, la sociedad demanda del sujeto una postura clara y definida ante sí mismo y ante su contexto social inmediato, apuntando una independencia de lo anterior. Las expectativas sociales prioritarias en torno a los jóvenes requieren que se elabore una definición personal que cristalizará en una posición en el mercado laboral y en el diseño de una determinada situación personal (primer empleo o especialización profesional, matrimonio o relaciones más estables,...). En el siguiente estadio: la edad adulta se activan mecanismos de reafirmación, y de estabilización, (alta dedicación laboral, profesionalización, nacimiento de los hijos, incremento de la responsabilidad económica,...) distinguiéndose del periodo anterior que se caracterizaba por lo tentativo y por atravesar momentos de decisión-indecisión. Si en el estadio precedente la sociedad emitía un mensaje de exigencia flexible, ahora se espera eficacia y productividad, centradas de manera prioritaria en los campos personal-familiar y laboral-profesional. En el periodo siguiente que corresponde a lo que denominamos edad madura, la sociedad disminuye

paulatinamente la exigencia de rendimiento. Suele suponer un cambio de perspectiva y de intensidad en la actividad, a veces acompañado de aumento del tiempo libre y disminución de responsabilidades, (reducción de las expectativas profesionales, jubilación, los hijos abandonan la casa,...). Por último, en la fase del curso vital que denominamos senectud disminuyen aún más las expectativas sociales de rendimiento y aumentan las posibilidades de ocio y de realizar actividades de tiempo libre, siempre que se mantenga un buen nivel de salud y ritmo vital.

2. Racionalidad, emotividad y prescripciones normativas

Tal como dijimos más arriba, en cada etapa existe de manera implícita una definición de lo personal y de lo comunitario, y es por ello por lo que cabe decir que en cada uno de estos intervalos hay un nivel de probabilidad variable de enrolarse en una acción de carácter cooperador. La definición pertinente en la adolescencia conlleva una valoración positiva de lo comunitario, lo colectivo aporta referentes simbólicos adecuados para la elaboración de la nueva identidad que el momento requiere, dado que se trata de un tiempo particularmente importante para la construcción de la personalidad adulta. Del mismo modo cabe destacar que el aspecto afectivo-emocional ocupa un lugar prioritario en los procesos de decisión, por lo que resultan particularmente atractivas las opciones colectivas que permiten conjugar la construcción de una personalidad propia y el desarrollo de vínculos afectivos, en propuestas grupales que conlleven un alto contenido emocional.

Según nos aproximamos a la tercera fase: la juventud, personal y comunitario, público y privado se viven conjuntamente en una dinámica de elaboración interactiva. Podríamos hablar de un proceso evolutivo que comienza en el periodo anterior y que termina con la formación de la personalidad adulta, en el que las opciones colectivas son cada vez más valoradas. En este punto del curso vital, cuando se dan las

condiciones de previsibilidad para la acción colectiva antes mencionadas (de carácter estructural, organizacional y normativo) la implicación de los jóvenes es altamente previsible. Propios de este periodo son otros elementos ambientales que facilitan, también, el compromiso público, tales como la disponibilidad de tiempo libre y la ausencia de responsabilidades económicas. Al llegar a la edad adulta la dimensión colectiva pasa a un segundo plano, y comienzan las indecisiones y las resistencias. La faceta privada requiere un tiempo y un espacio que antes no parecía demandar y se va configurando como ámbito aparte, en detrimento de la variable colectivo-público. En la mayoría de los casos, la implicación en el mundo laboral supone una forma de estructurar el tiempo que ordena la vida cotidiana. Ante todo, la edad adulta supone una transformación en la ordenación y racionalización de tiempos y espacios vitales. Los niveles de exigencia sociales en relación con la vida privada son muy altos, tanto en lo profesional como en la vida familiar, ya que es el momento de iniciar una carrera profesional o buscar una posición estable, y es también el del nacimiento y crianza de los hijos, por lo que lo prioritario es la atención a lo personal-privado y lo colectivo ocupa un lugar secundario, o bien su atención supone un coste personal más alto. Esto no quiere decir que no se encuentren personas inmersas en acciones cooperativas en este periodo, ahora bien, lo que sí parece claro es, por un lado, que resulta más difícil empezar en esta etapa que en ninguna otra, en el sentido de implicarse por primera vez, y por otro, que la forma de participar será racionalizando costes y beneficios, marcando itinerarios y horarios rigurosos o aceptando un alto coste. La mayoría de las personas que en esta época mantienen un alto nivel de compromiso comunitario, su vínculo proviene de una fase previa, de modo que ya está integrado en su forma de vivir. Lo difícil en este punto es iniciar un recorrido asociativo. Las prescripciones normativas se viven con mayor intensidad y la racionalización de las conductas se convierte en prioritaria. Una participación controlada y calculada conciliando lo público y lo

privado como mundos separados es la pauta más habitual, mientras que en la juventud la centralidad del factor afectivo-emocional implica una mezcla mayor entre privado y público.

3. Sociabilidad, productividad y acción voluntaria

Para comprender el mantenimiento de un compromiso comunitario es necesario investigar cuáles son los incentivos selectivos que tornan en positivo y gratificante para los sujetos no acción cooperadora, aun cuando éstos actúen de manera inconsciente en los sujetos. En los periodos de adolescencia y juventud el incentivo de la sociabilidad resulta ser altamente vinculante. Establecer y fijar un grupo de amigos, obtener el reconocimiento del grupo de pares y recibir el respaldo afectivo de aquellos a quienes se considera subjetivamente significativos resulta ser uno de los elementos fundamentales que facilitan, en este estadio de la vida, el compromiso con una opción pública.

Si bien el incentivo de la sociabilidad no es exclusivo de los grupos de jóvenes, o del sector juvenil de cualquier grupo, es particularmente relevante en este estrato de edad. La comunicación con otros y el reconocimiento afectivo pueden experimentarse de diversos modos. En unos casos se aspira a incorporarse a un círculo de relaciones dado que la vinculación al grupo disminuye los costes que establecer una relación personal supone para algunos sujetos. El grupo ofrece la infraestructura básica para la comunicación y el desempeño de la actividad que propone facilita el inicio y mantenimiento de la interacción afectiva.

En otros casos el incentivo de la sociabilidad se activa de otro modo, cuando son las redes previas de sociabilidad las que permiten la creación de una organización. Se trata de aquellas situaciones en las que es un grupo de pares el que decide trascender sus actividades de ocio y defender algún interés público, por lo que crean una asociación nueva o desarrollan algún aspecto sobre el cual están especialmente interesados de

algún colectivo ya existente. También actúan las redes básicas de sociabilidad facilitando la implicación en colectivos ya formados, casos en los que encontramos la afiliación en grupo, lo que permite disminuir los costes de la toma de decisión y de contacto con la organización de referencia. Por otra parte, la participación en organizaciones permite a muchos jóvenes un acercamiento a lo que será más tarde su actividad profesional. En una situación socioeconómica en la que se prolonga la dependencia familiar debido a las dificultades que conlleva encontrar el primer empleo y a la prolongación de la edad escolar que alarga la etapa de formación prelaboral, las organizaciones voluntarias cumplen otra función. Permiten aprender y practicar actividades que mejoran la cualificación para el empleo, desarrollan un sentimiento de utilidad social y orientan sus inquietudes realizando un trabajo que les encamina hacia actividades que serán básicas en un momento posterior. La actividad en la organización les permite desarrollar una creatividad, una capacidad organizativa o unas dotes de gestión que pueden serles de utilidad una vez incorporados al mundo del trabajo. Uno de los aspectos que resaltan entre los voluntarios más jóvenes es su preferencia por colectivos que les permitan el ejercicio de una actividad intensa, por lo que suelen seleccionar grupos muy activos, o bien se ubican en las secciones más dinámicas cuando se trata de grupos amplios.

4. El incentivo identitario y la construcción de la personalidad adulta

Pero el factor motivador más significativo en lo que a la participación de los jóvenes se refiere es el que denominamos incentivo identitario. La necesidad de poseer un marco de referencia, una concepción del mundo que dé respuesta a sus interrogantes ante la vida y que les permita definirse y mostrarse como "distintos" del mundo que les rodea son elementos básicos en la participación juvenil. Tampoco en este caso podemos hablar de exclusividad para este sector

de edad. La construcción de una nueva identidad, o el refuerzo de una identidad ya formada actúan como incentivo movilizador en todos los grupos de edad, sin embargo es mucho más significativo entre los jóvenes. El sentir que forman parte de una concepción del mundo clara y precisa, que les permite enfrentarse a las dudas y la confusión que el mundo adulto les provoca reduce la incertidumbre propia de este momento vital.

Participar en la defensa de la naturaleza y contra el deterioro del medio ambiente, luchar por un mundo más solidario que alivie la desigualdad y la injusticia, o reivindicar el respeto de unos derechos étnicos o culturales presumiblemente reprimidos, son todos ellos proyectos de identidad colectiva altamente vinculantes en la adolescencia y la juventud, sin que dejen de serlo en otros periodos de la vida.

Por otra parte, la organización a la que se asocian actúa como círculo de reconocimiento en el sentido en que Pizzorno (1989) utiliza dicho término. La participación en el grupo ayuda en el proceso de construcción personal, dado que el grupo devuelve al sujeto una imagen de sí mismo reconocible y singular, le reconoce como miembro de esa identidad colectiva que valora y le asegura una cobertura afectivo-emocional al incluirle en ese "nosotros" particularmente significativo. En la medida en que la identidad que el grupo propone es más globalizadora, o incluso más cerrada y monolítica, más atractiva resulta para los jóvenes, dado que permite establecer los límites de "fuera" y "dentro", y llegado el caso materializar la lógica "amigos-enemigos", con más precisión. En estos casos en los que se ofrece una identidad más radical la certidumbre y seguridad que aporta el grupo es mayor, lo que suele combinarse con un intenso componente emocional, que, de nuevo, resulta especialmente sugestivo para los jóvenes. Un marco identitario que les permita distinguirse de las generaciones anteriores y posteriores y un colectivo que ofrezca algún tipo de cobertura afectivo-emocional y les facilite la expresión pública de su compromiso son aspectos básicos en la participación juvenil.

Conclusiones

De lo hasta aquí visto cabe reseñar que la población juvenil resulta ser uno de los sectores de edad más proclives a la acción participativa, fundamentalmente en lo que se refiere a la participación en las denominadas Organizaciones No Gubernamentales. Ello se debe tanto a las condiciones sociolaborales actuales que dilatan el periodo de transición que abarca desde su independencia emocional de la familia hasta que adquieren su autonomía material, como a las posibilidades que esos colectivos ofrecen de desarrollar una acción creativa y dinámica que les permite vivenciar una sensación de utilidad y de productividad social. Pero el aspecto más significativo en lo que a la participación juvenil se refiere lo encontramos en los rendimientos que aporta la vinculación a una identidad colectiva, el sumergirse en una concepción del mundo que orienta su vida personal y que les permite percibirse como "distintos" de las generaciones previas y posteriores, tanto como dar explicación a los inevitables interrogantes del mundo adulto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- BUCHMAN, Marlis (1989): *"The Script of Life in Modern Society: Entry into Adulthood in a Changing World"*. Chicago: University of Chicago Press.
- COHEN, G. (1987): *"Social Change and the Life Course"*. Londres, Tavistock.
- ERIKSON, H.M. (1959): *"Identity and Life Cycle. Select Papers"*. New York, International Universities Press.
- FUNES, María Jesús (1994): "La dimensión social del altruismo". *Sociedad y Utopía*, nº 4. Madrid, pp. 191-204.
- FUNES, María Jesús. 1995. "Ciclo vital y acción colectiva", *Revista Internacional de Sociología*, nº 12, pp. 29-54.
- FUNES, María Jesús (1995): *"La ilusión solidaria: las organizaciones altruistas como actores sociales en los regímenes democráticos"*. Madrid: UNED.
- FUNES, María Jesús (1997): "Evolución y tendencias de las asociaciones voluntarias: las Organizaciones No Gubernamentales como nuevo fenómeno en el panorama asociativo" en José Félix

Tezanos, José Antonio Díaz y José Manuel Montero *Tendencias de futuro en la sociedad española*. Madrid: Sistema.

FUNES, María Jesús (1998): *"La salida del silencio: movilizaciones por la paz en Euskadi" 1986-1998*. Madrid: Akal.

KIMBERLY, J.R. (1980): *"The organizational Life Cycle"*. Miles, R. H., eds. San Francisco: Jossey-Bass.

KLANDERMANS, Bert (1984): "Mobilization and participation: Social-psychological expansions of resource mobilization theory". *American Sociological Review*, nº 49, pp. 583-600.

MAYER, Karl Ulrich (1986): "Structural Constraints on the Life Course" *Human development*, nº 29, pp. 163-170.

MELUCCI, Albert (1989): "Getting involved: identity and mobilization in social movements". *International Social Movement Research*, Vol. 1. pp. 329-348.

NEUGARTEEN, Bernice L. and Nancy DATAN. (1973): "Sociological Perspectives on the Life Cycle" in Paul B. Bates and K. Warner Schaie, eds. *Life Span Developmental Psychology: Personality and Socialization*. New York Academic Press.

O'RAND, A.M. y KRECKER, L. (1990): "Concepts of the Life Cycle: their history, meanings, and uses in the social sciences.". *Annue Rev. Sociol.* nº 16, pp. 241-262.

PIZZORNO, Alexandro (1989): "Algún otro tipo de alteridad: una crítica a las teorías de la elección racional". *Sistema* nº 88, pp. 27-42.

REINARES, Fernando (1992): "Doce notas sobre el problema de la acción colectiva". *Escritos de Teoría Sociológica: Homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*. Carlos Moya, José Felix Tezanos y Alfonso Pérez-Agote. Madrid: CIS.

RILEY, Matilda, FONER, Anne y ARING, Joan (1988): "Sociology of Age" en SMELSER, NEIL (ED.) *Handbook of Sociology*, Beverly Hills Sage Publications, pp. 243-290.

RYDER, Norman (1965): "The cohort as a Concept in the Study of Social Change", *American Sociological Review*, vol. 30, pp. 147-192.

TARROW, Sidney (1989): *Struggle, Politics and Reform: Collective Action, Social Movements and Cycles of Protest*. Cornell University: Center of International Studies, Western Societies Program Occasional Paper nº 21.

VAL, Consuelo del. (1995): "Los jóvenes y la política" en *Cultura política y democracia en España, A Distancia*. Madrid: UNED, pp. 129-139.